

LAS CANCIONES TRISTES

DE LUIS IGNACIO HELGUERA

Miguel Ángel Echegaray

Miguel Ángel Echegaray (ciudad de México, 1959) es egresado de ciencias de la comunicación y del posgrado en historia del arte, por la UNAM. Ejerce la docencia de crítica de arte y política cultural en la Universidad Iberoamericana. Perteneció a los consejos de redacción de *Pauta* y *Casa del Tiempo*. En sus ensayos, publicados en diversas revistas, ha abordado, entre otros temas, la pintura colonial en Puebla y Cuautitlán, la pintura decadentista mexicana y la crítica de arte de Octavio Paz. En 2002 publicó la novela *Olimpo* (UAM/Ediciones sin Nombre).

Luego de leer otra vez los últimos poemas publicados por Luis Ignacio Helguera, éstas tres piezas me parecen hoy incómodas y dolorosas premoniciones. La innecesaria quiebra de su porvenir, al igual que los oscuros días que envolvieron su final, están predichos de algún modo en sus líneas: como si fuera el mayor instrumentista de la tristeza, anudó su acostumbrada melomanía con una brutal indefensión. Pocas veces tan melancólico en sus letras y tan íntimo en sus referencias musicales.

Me impresiona advertir una coincidencia emotiva y musical en el primero de ellos, el que tituló "*Intermezzo* núm. 2, en si bemol, op. 117, de Brahms", dedicado a su padre. La coincidencia aparece al saber que Brahms, según Claude Rostand, calificaba esa obra para piano como una "*berceuse de ma douleur*". Una canción hija del dolor, pero no de cualquier género, si nos atenemos a la acepción de *berceuse* como *canción de cuna* que utiliza el crítico francés. Entre ese dolor, "el luto otoñal de todo" y la melodía que arrulla, "y recuerdo cómo me cargabas semidormido hasta mi cama al terminar el *Intermezzo*", oscila la meditación triste del poeta que ha cumplido cuarenta años. Sobrecoge entender que un hilo finísimo los anuda, el notable monólogo brahmsiano, y que el nudo permanece inalterado entre los dos aunque el hijo se conduela por lo mal que aprendió la nobleza, el ca-

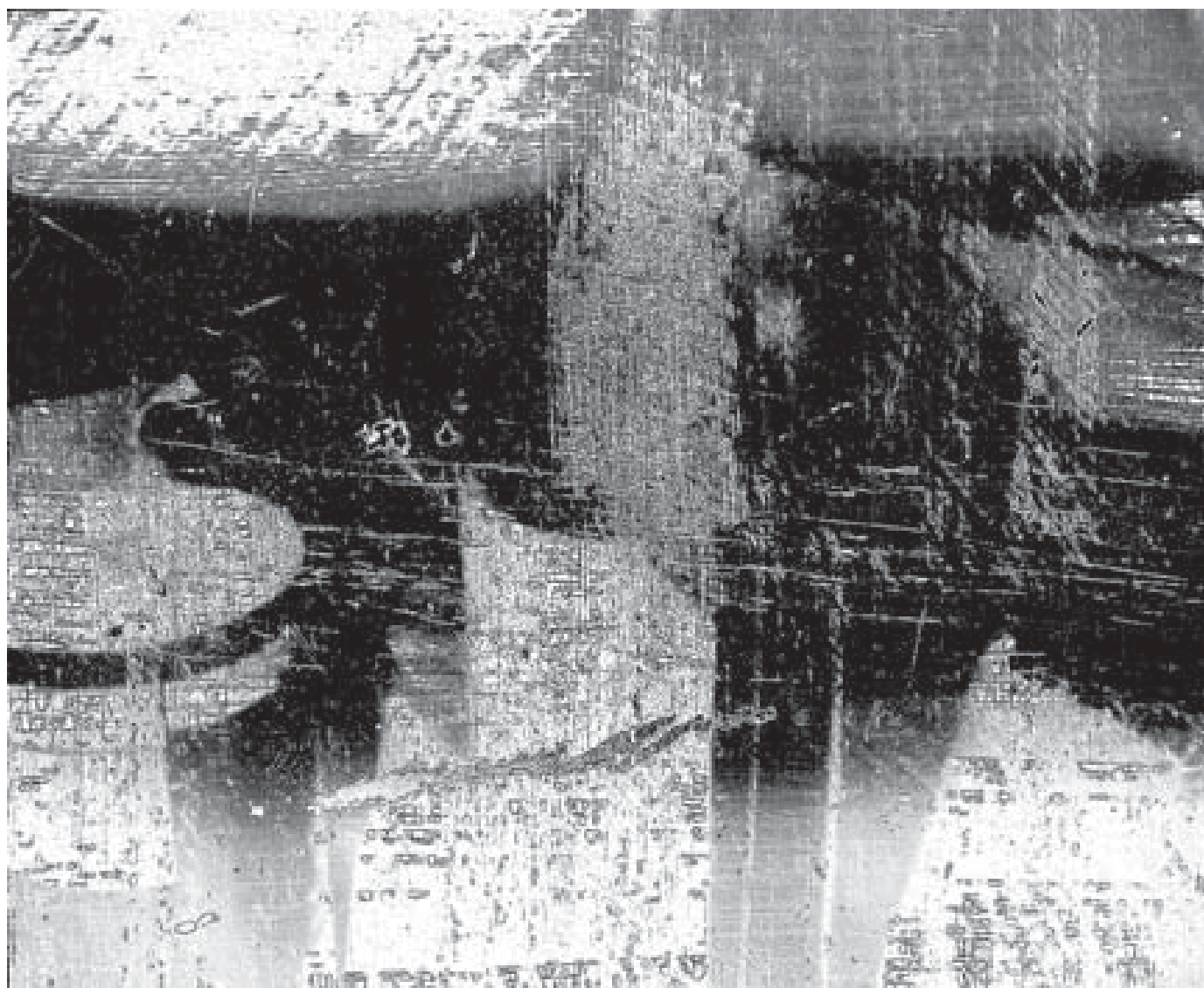
rácter y la fuerza del padre... la música como el más poderoso asidero filial.

De nuevo Brahms. En la "Sonata en fa menor para viola, op. 120, núm. 1", precipita, en la primera parte, una variedad de motivos y un contrapunto encendido... luego, en el *Andante* un poco *Adagio*, deja asomar una dulzura resignada y los tonos musicales propios del otoño. Una mujer desconocida los ensaya obsesivamente para apartarlos del olvido: la memoria es la partitura más sincera con que contamos. Otra vez Luis Ignacio Helguera, encerrado en el otoño, la más humana de las estaciones. Otra vez tiende el finísimo hilo, aunque vanamente, con el que necesita anudarse con otros, en este caso la mujer, desconocida e ignorante de su necesidad. Siempre existirán amantes que, si bien adivinados, no cesan de buscarse.

Conocemos el lado melancólico de Bach porque Heitor Villa-Lobos injertó la *modinha* (valga otra vez, *canción triste*)

en sus notables *Bachianas brasileiras*. La Número 1 para un conjunto de 8 cellos, es la obra de la que Helguera desgaja una *modinha* para completar su pasmoso tríptico. Canción triste que le devuelve al cello su vocación de serenidad e impulsa al poeta a multiplicar sus palabras. Una *modinha* que proclama: "qué triste recordar a fuerzas lo que más duele recordar", y entonces, comprendemos que el hilo finísimo deja de tenderse porque algunos nudos son imposibles de hacer, como aquel que se quiere trenzar con el paso del tiempo que envejece a cualquiera, como ocurre en ese billar de toda la vida de Villa-Lobos en que el personaje es solamente una rutina. El "billar de toda la vida" es una imagen poética que Luis Ignacio desgranó de una imagen fotográfica, del año 1957, en la cual el músico carioca aparece jugando carambola, con un puro en la boca, con chaleco y en mangas de camisa, con setenta años de vida y sólo veinticuatro meses más de la misma...

México, D.F., 20 de mayo de 2003



Intermezzo núm. 2, en si bemol, op. 117, de Brahms

A mi padre, Luis Ignacio Helguera Soiné

Sólo ahora, a los cuarenta años
comprendo por qué me recostaba en el sofá de la sala cada noche
cuando estudiabas ese *Intermezzo* de Brahms
porque expresaba tu carácter y tu fuerza y tu nobleza, que aprendí mal
y la caída de las hojas verdes y luego rojas, en los jardines que tuvimos

el luto otoñal de todo

y recuerdo cómo oyendo la radio estacionaste el coche en una calle
entre automóviles furiosos
para ponerte a llorar sobre el volante
disculpándote conmigo con el pañuelo en la cara
porque era un *Nocturno* de Chopin que tocaba tu madre

y recuerdo cómo me cargabas semidormido hasta mi cama
al terminar el *Intermezzo* de Brahms, cada noche
y tu carácter y tu fuerza y tu nobleza, que aprendí mal.

Postal de Brahms

Para Carlos Helguera

Esta vecina de mis padres en Chicago
ensaya todas las tardes el *Andante un poco adagio* de la Primera sonata para viola de Brahms
mientras piso las hojas rojas y anaranjadas de la Campbell Avenue
¿Por qué le obsesiona ese movimiento como a mí?
(porque no lo estudia: le obsesiona)
¿por qué pasan estas cosas, tío?
No toca nada mal la viola, aunque se atora en un pasaje difícil, como yo en la vida
Quisiera tocar el timbre de su departamento
hablar con ella de Brahms, de esa serenidad sublime

y admirar la belleza de su viola y su cabellera
y la expresividad de sus brazos y sus ojos
mientras me ofrece un café o una copa
y hablamos del poder evocativo y las meditaciones otoñales brahmsianas
y del estatismo armónico extraño y sublime
en que flota un clarinete de pronto solista sobre el piano en el tercer movimiento
del Segundo concierto para piano y orquesta
y la invito a cenar en Belmont
¿Pero qué tal si es una güereja desabrida o una anciana decrepita
o un maricón pelirrojo o un gordo devorador de hamburguesas?
Sólo quedaría sellar una brahmsiana amistad y largarme
¿Por qué pasan estas cosas en la vida, tío?
¿Por qué se pregunta uno por qué, si la vida toda es naturalmente azarosa e indescifrable?
Hace años que me obsesiona la dulzura de este *Andante*
Brahms deshojaba lentamente en el pentagrama los árboles más bellos
Me invade la melancolía, pero no tengo el valor de tocar el timbre
Tal vez esa mujer espera a un brahmsiano que toque su timbre
Tal vez esa mujer sea tan solitaria y triste como yo
Tal vez esa mujer y yo podríamos amarnos, apadrinados por las barbas de Brahms
Tal vez sea la mujer de mi vida y me separan de ella la cordura y la cobardía y un timbre
Después de todo, la melancolía de los acordes
ambienta bien mi soledad
Me quedo con la belleza pura de la música
silbo la melodía y piso las hojas rojas y anaranjadas de la Campbell Avenue
y regreso con mis padres
Qué triste y hermoso y brahmsiano es el otoño en Chicago



Modhina de las Bachianas brasileiras
núm. 1 para ocho cellos de Villa-Lobos

Para Guillermo Helguera

Qué tristeza a veces da la tristeza ajena
la de la gente bienintencionada a la que el destino parece empeñarse en probarle que es mejor ser mala persona
la de la gente que trata honradamente de “superarse”
y compra y lee con esfuerzos uno de esos manuales de superación personal
y todo le sale mal
como todo bien a los autores abyectos de esos *bestsellers*
una tristeza que va y vuelve como las olas del mar
la de la gente buena que cree a diario en Dios por más que Dios sólo le dé a diario bolillo duro
qué tristeza la del hombre que logra por fin armar el rompecabezas de su vida
solamente para comprobar que fue todo un rotundo fracaso
la del cierre de un buen restaurante destinado, quién sabe por qué, a la bancarrota
del que fue uno el último cliente y ya ni siquiera le cobraron la cuenta
una tristeza que va y vuelve como las olas del mar
la de enterrar personas a las que no pudimos decirles ni probarles que las quisimos mucho
qué tristeza las discusiones agrias de parejas ancianas que no se tienen ya sino uno al otro
y no tuvieron hijos, como no tuvo Villa-Lobos
y en medio de las discusiones, cada vez más agrias, lo saben, y mejor van por el pan y la leche
la de las parejas que se destrozaron a cachos después de que cupo entre ellas todo el amor del mundo
qué triste recordar a fuerzas lo que más duele recordar
las mordidas del murciélago o la rata en el alma
una tristeza que va y vuelve como las olas del mar
qué triste cuando queda ya sólo el recuerdo, cada vez más recuerdo del recuerdo
qué triste cuando el billar de toda la vida, Villa-Lobos, es ya sólo rutina
cuando las carambolas o el sexo importan tanto como ir al baño o pagar la renta
qué tristeza incluso expresar toda esa tristeza en un canto desgarrado de ocho cellos
en belleza desesperada
como hizo Villa-Lobos•